

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE

Trafalgar 1805: el cambio de coyuntura

24 DE FEBRERO DE 2005

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE

NACIÓ EN DAROCA (ZARAGOZA), EN 1957. ES LICENCIADO Y DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS (SECCIÓN DE HISTORIA), POR LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA, CON PREMIO EXTRAORDINARIO.

EN LA ACTUALIDAD ES PROFESOR TITULAR EN EL DEPARTAMENTO DE HISTORIA MEDIEVAL DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA.

HA SIDO JEFE DE LA ÁREAS DE COORDINACIÓN Y DE INVESTIGACIÓN, Y DIRECTOR EN FUNCIONES DE LA INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO, DE LA DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA (1985-1990).

HA SIDO DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA MEDIEVAL DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA (2002-2004).

COMO AUTOR ÚNICO O EN COLABORACIÓN CON OTROS HISTORIADORES ES AUTOR DE MÁS DE DOS CIENTENARES DE ARTÍCULOS Y LIBROS DE TALES COMO: *LA FORMACIÓN TERRITORIAL DE ARAGÓN* (1985), *LA CULTURA ISLÁMICA EN ARAGÓN* (1986), *LA COMUNIDAD DE ALDEAS DE DAROCA EN LOS SIGLOS XIII Y XIV* (1987), *ZARAGOZA MUSULMANA* (1998), *HISTORIA CONTADA DE ARAGÓN* (2000), *LA TORRE Y EL CABALLERO. EL OCASO DE LOS FEUDALES* (2001), *MITOS Y LEYENDAS DE ARAGÓN* (2002).

EN SU FACETA DE ESCRITOR ES AUTOR DE LAS NOVELAS HISTÓRICAS A: *EL SALÓN DORADO*, *EL AMULETO DE BRONCE*. *LA EPOPEYA DE GENGIS KAN*, *EL INVIERNO DE LA CORONA*, SOBRE LA FIGURA DE PEDRO IV EL CEREMONIOSO, *EL CID*, *TRAFALGAR*, *NUMANCIA*, Y *EL NÚMERO DE DIOS*, TODAS ELLAS EN LA EDITORIAL EDHASA.

DESDE MAYO DE 2004 ES PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ARAGONESA DE ESCRITORES.

HA SIDO PONENTE EN NUMEROSOS CONGRESOS, CURSOS Y SIMPOSIOS EN ESPAÑA, BÉLGICA, FRANCIA, MÉXICO, SUIZA E ITALIA Y HA DIRIGIDO CONGRESOS NACIONALES E INTERNACIONALES.

ACTUALMENTE ESCRIBE UNA COLUMNA SEMANAL EN *EL PERIÓDICO DE ARAGÓN* Y COLABORA EN RADIO ZARAGOZA (CADENA SER) Y EN EL PAÍS SEMANAL.

HA SIDO CODIRECTOR DEL *ATLAS DE HISTORIA DE ARAGÓN* (1991), Y DIRECTOR HISTÓRICO Y GUIONISTA DE LA *HISTORIA DE ARAGÓN* EN VIDEO, PREMIADA CON LA MEDALLA DE PLATA EN EL XXXIV FESTIVAL INTERNACIONAL DE VIDEO Y TV DE NUEVA YORK (1991).

EN 1991 ASESORÓ LA PELÍCULA *1492. LA CONQUISTA DEL PARAÍSO*, DIRIGIDA POR RIDLEY SCOTT.

DIRECTOR DE LOS CURSOS DE CULTURA E HISTORIA MEDIEVAL DE DAROCA (1985-1992) Y DE LOS DE ALBARRACÍN (1998-2004).

ES DIRECTOR DE LA REVISTA *ARAGÓN EN LA EDAD MEDIA*, DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA.

COMO ARQUEÓLOGO, HA DIRIGIDO EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN TARAZONA, DAROCA, MALEJÁN Y EL CASTILLO DE TRASMOZ.

HA DIRIGIDO EL MONTAJE CIENTÍFICO DE VARIOS CENTROS DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA, COMO LOS DE «ARAGÓN» (CASA DE PALAFOX, LA ALFRANCA DE PASTRIZ) «CASTILLO DE TRASMOZ», «CENTRO SOBRE LAS FRONTERAS. CASTILLO DE PERNÉENSE», «HISTORIA DE PLASENCIA. TORRE LUCIA», «RODRIGO DÍAZ DE VIVAR EN EL POYO DEL CID», «CENTRO DE LAS CULTURAS (EJEA)» Y CENTRO DE INTERPRETACIÓN DE LOS TEMPLARIOS (MONZÓN) Y DEL PROYECTO MUSEÍSTICO Y MUSEOGRÁFICO «CENTRO DE HISTORIA DE ZARAGOZA».



1. ESPAÑA ANTE TRAFALGAR

En 1805, España no era el gran imperio de los siglos XVI y XVII, pese a que conservaba todas las tierras conquistadas en esa época e incluso las había incrementado. La marina, imprescindible para el control de tan vastos territorios, no estaba en mal estado, había buenos barcos y excelentes marinos, pero poca cualificación técnica de los mandos intermedios y escasísima preparación de la marinería.

Pero Carlos IV era un hombre pusilánime, inane y tímido, sin capacidad para tomar decisiones y falto de fortaleza de ánimo y de carácter¹, sometido a la voluntad de su esposa la reina María Luisa de Parma, una mujer tan intrigante como astuta. El rey se despreocupaba de los asuntos del Estado²; se levantaba a las cinco de la mañana, y lo hacía para oír dos misas, leer libros piadosos y desayunar leche de cabra recién ordeñada y chocolate caliente, que sorbía con gula. Después se dirigía a los talleres de palacio, donde se dedicaba a ayudar al maestro armero a limpiar fusiles o a poner a punto pistolas y trabucos; pasaba muchas horas en el taller de carpintería, puliendo sillas, alisando tablas y dorando muebles. Casi todos los días salía de caza escoltado por un destacamento de la guardia real y dos docenas de guardias de corps, y tras ellos una numerosísima comitiva de nobles, soldados, lacayos y criados. En cada jornada de caza se movilizaba una partida de no menos de setecientos hombres y quinientos caballos³.

¹ Muriel, A., *Historia de Carlos IV*, 2 vols., Madrid 1959.

² Mesonero Romanos, R., *El antiguo Madrid*, Madrid 1861.

³ Egido, T., *Carlos IV*, Madrid 2001.

Carlos IV casi nunca acudía al despacho para dirimir los graves asuntos de Estado; cuando no estaba cazando o tomando chocolate y bizcochos con los nobles de la Corte, lijando muebles o engrasando fusiles, dedicaba las tardes otoñales a dormir al calor de la chimenea o a jugar interminables partidas de naipes, durante las cuales solía quedarse dormido sobre la mesa.

Le gustaba la música y tocaba, bastante mal pero con mucho entusiasmo, el violín. Las comidas y las cenas solían estar amenizadas por un cuarteto de cuerda que interpretaba piezas de Bach, Brunetti, Mozart y sobre todo Haydn, el compositor favorito del monarca, por cuya música sentía verdadera pasión. Cuando sonaba alguna pieza de Haydn, el propio monarca dejaba de comer de inmediato y se incorporaba al cuarteto como segundo violín. Por el contrario, la reina prefería la seguidilla y la guitarra, y solía invitar a parejas de cantantes para que entonaran tonadillas vestidos de majo y maja. Así, la Corte vivía ajena al drama que estaba viviendo España.

A principios del siglo XIX España disponía de ciento noventa y tres barcos operativos, de ellos unos cincuenta eran navíos de línea, aunque la mayoría eran viejos y estaban muy mal equipados, con buenos cascos pero malos aparejos, mástiles y velas; el último había sido construido en 1798. España había dispuesto a la muerte de Carlos III en 1788 de setenta y seis navíos de línea de entre ciento doce y cincuenta cuatro cañones, cincuenta y una fragatas de cuarenta a veinte cañones y varias corbetas, urcas, jabeques, balandras, bergantines y otros barcos menores hasta un total de doscientas noventa y cuatro embarcaciones. En 1804, se habían reducido a los ciento noventa y tres ya indicados, cien barcos menos y mucho más viejos. Inglaterra superaba a España en al menos tres a uno, e incluso a la suma de los navíos franceses y españoles.

España carecía de ingenieros navales experimentados a causa de la falta de escuelas superiores, los oficiales y la marinería apenas tenían entrenamiento por lo costoso que los ejercicios navales resultaban y desde que Carlos IV subiera al trono no se había invertido en la construcción de nuevos barcos. A los dirigentes del país no les preocupaba otra cosa que las ordenanzas y los reglamentos, como si sólo a base de leyes y normas pudiera forjarse una gran Armada. Las nuevas ordenanzas de 1793 insistían en dar más relieve al carácter militar de la marinería, pero no aportaban otra cosa que inútiles disposiciones reglamentistas que no provocaban sino más contradicciones entre las muchas ya existentes entre la jurisdicción política y la militar.

Pero tras las frías cifras, la valoración que presentaban los expertos de la Armada era terrible: afirmaban que en España no se sabía construir buques según las técnicas más modernas, que faltaban miles de marineros para completar las tripulaciones y que los que había a bordo no estaban lo suficientemente preparados pues carecían de instrucción, de entrenamiento adecuado y de conocimientos mínimos de navegación. Y los artilleros todavía estaban peor capacitados, pues apenas ejercitaban el disparo, no tenían formación técnica y carecían de conocimientos de artillería moderna.

Inglaterra poseía alrededor de ciento cincuenta navíos de línea operativos y decenas de fragatas, mejor equipados y artillados que los españoles, y sobre todo dotados de unas tripulaciones más preparadas y mejor entrenadas, no tanto en los oficiales como sobre todo en la marinería. Sabedora de su superioridad en el mar, Inglaterra deseaba la confrontación bélica con España y con Francia. Hacía tiempo que la guerra era un gran negocio para los grandes propietarios rurales que dominaban la economía, el parlamento y el gobierno ingleses. La guerra constituía para esas clases nobiliarias la mejor manera de mantener su modo de vida en sus lujosas residencias de campo, con sus extensísimos cotos de caza y sus exclusivos privilegios aristocráticos. Para la mayoría de los británicos la guerra era una ruina, dolor y sangre, pero para unos pocos privilegiados la guerra reportaba enormes beneficios; tras la guerra se construían carreteras y puentes, depósitos y fábricas de municiones, aumentaba la intendencia, se desarrollaba la industria textil y la metalúrgica. La guerra hacía ricos a comerciantes, a los altos mandos militares, a los propietarios de tierras, a las compañías coloniales inglesas y holandesas y sobre todo a los banqueros. Paradójicamente, los barcos franceses se aseguraban en caso de guerra en Londres.

Napoleón había apostado por un modelo de imperio continental, en tanto que Inglaterra basaba toda su estrategia de fuerza en las colonias y en su poderosísima Armada.

Inglaterra había estado al borde del desastre cuando franceses y españoles se unieron a los norteamericanos en su guerra por la independencia. Pero las convulsiones que siguieron a la Revolución en Francia y la decadencia política, militar y económica de España, en donde había gran temor a que se extendieran por sus colonias americanas las ideas de independencia y libertad de los estadounidenses, salvaron la crítica situación y, gracias a ello, los británicos se rehicieron pronto.

El gobierno inglés estaba empeñado en convertir a su país en la primera potencia mundial a cualquier precio, aún a costa de someter a su propio pueblo a todo tipo de privaciones y estrecheces, y para ello necesitaba alcanzar dos objetivos: alzarse al primer puesto entre las potencias coloniales, y por eso estaba planeando la conquista de la India y el control del comercio con América, y derrotar a Napoleón y a sus aliados en Europa.

El fiel de la balanza fue Trafalgar, cuyo resultado provocó una enorme conmoción en la conciencia colectiva de españoles, franceses y británicos⁴. Y de la conmoción surgió el mito.

⁴ Cayuela, J. y Pozuelo, A., *Trafalgar*, p. 12, Barcelona 2004.

2. LOS MITOS DE LA BATALLA DE TRAFALGAR

Dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua que mito es «fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa; relato o noticia que desfigura lo que realmente es una cosa, y le da apariencia de ser más valiosa y atractiva; y persona o cosa rodeada de extraordinaria estima». Así, en la batalla de Trafalgar hay tres mitos: la propia batalla, la narración que se hace de la misma, y Horacio Nelson, el héroe.

Carlos García Gual precisa aún más, y señala que mito es «un relato tradicional que cuenta la actuación memorable de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano», pero lo define «también como lo fabuloso, ejemplar, extraordinario, increíble»⁵. De nuevo el mito de Trafalgar.

Los historiadores han estudiado los mitos como reflejos de las sociedades, por definición arcaicas, que las crearon, insistiendo en los factores culturales y en el análisis de los elementos intelectuales que contienen. Un historiador analizando un mito es como un economista describiendo el balance contable de una empresa⁶. Se puede intentar que el balance esté lleno de sensaciones.

2.1. El liderazgo de Nelson

21 de octubre de 1805, batalla de Trafalgar.

Esa misma mañana, Nelson escribió en su diario: «Al clarear el día el enemigo está al este y este-sureste. Doy la señal para la batalla. Me encomiendo a Dios, a mi país y ruego por una gran victoria. A Dios me resigno y lo hago en defensa de una causa justa. Amén, amén, amén». El fogoso vicealmirante inglés dio dos órdenes concisas: «mantener la formación en dos columnas» y «preparados para la batalla». Después mandó largar velas y poner rumbo noreste, avanzando en cuña para cortar la línea hispano francesa por el centro y la retaguardia, tal como había planeado con sus capitanes, y transmitió a Collingwood la siguiente orden: «Mi intención es cruzar la línea de la combinada por el centro para cerrarle la retirada hacia Cádiz. Corte usted la línea enemiga por el undécimo navío de la retaguardia»⁷.

Antes de iniciarse el fuego, Nelson ya había ganado la guerra psicológica: «Inglaterra espera que cada hombre cumplirá con su deber» (*England expects every man will do his duty*), que Nelson modificó en última instancia a sugerencia de su ayudante Pasco, pues la frase que él había pensado era *England confides that every man will do his duty*. Esta es la leyenda que mediante banderas de señales el comandante en

⁵ García Gual, C., *La mitología. Interpretación del pensamiento mítico*, p. 12, Madrid 1987.

⁶ Corral, J. L., *Mitos y leyendas de Aragón*, p. 25, Zaragoza 2002.

⁷ Gardiner, R. (ed.), *The Campaign of Trafalgar (1803-1805)*, Londres 1977. Una descripción detallada y novelada de la batalla en mi novela *Trafalgar*, Barcelona 2001.

jefe de la flota inglesa mandó colgar de las jarcias del *Victory* minutos antes de entrar en combate y que se convirtió en un lema verdaderamente mítico de la batalla.

En efecto, poco antes de lanzarse al ataque sobre la flota combinada, Nelson quiso dar un golpe de efecto a sus hombres. Sin que nadie lo esperara ordenó izar las banderas de señales en los mástiles y jarcias del *Victory* la ya mítica leyenda que se pudo leer desde toda la flota británica. Sin duda, Nelson era consciente del carisma que sus hombres veían en él; ese mensaje inculcó un valor extraordinario a sus subordinados y los dejó listos psicológicamente para la batalla⁸. Nada mejor que un impacto emocional de este calibre para agrandar el mito.

Ese mensaje fue interpretado por Collingwood, el segundo comandante de la flota, con un sencillo aserto: «Ya sabemos todos lo que tenemos que hacer». Asombroso de nuevo, sobre todo si se tiene en cuenta que estas palabras «textuales» de Collingwood se publicaron ¡veintitrés años después de Trafalgar!⁹. Con un simple mensaje Nelson transmitía a todos sus hombres toda una táctica de combate, un modo de comportamiento en la batalla y una manera de acción. Ni los dioses de la Antigüedad fueron capaces de transmitir tanto con tan poco.

A medio día se inició la batalla. La flota inglesa, formada en las dos columnas que habían iniciado el ataque, se lanzó en cuña gobernando hacia el centro y hacia la retaguardia de la combinada, que formaba una línea paralela a la costa, a unas siete millas del cabo de Trafalgar. Collingwood dirigió el *Royal Sovereign*, un excelente navío de tres puentes y cien cañones, hacia donde le había indicado Nelson, el undécimo navío de la combinada, pero al acercarse observó que el undécimo de la retaguardia, por cuya proa debía cortar la línea, era un navío de dos puentes, en tanto el inmediatamente anterior era el *Santa Ana*, de tres puentes y ciento veinte cañones, por lo que decidió desviarse y gobernar sobre éste último. Estos cambios, decididos a última hora en función de las condiciones de la batalla y que permitían a los capitanes ingleses una gran libertad en la toma de decisiones al elegir la mejor en cada momento en función de las condiciones de la lid, el famoso «toque de Nelson», los situaba tácticamente por encima de los franceses y de los españoles, cuyos comandantes se arriesgaban a un consejo de guerra si alteraban mínimamente las órdenes recibidas.

El plan diseñado por Villeneuve de mantener firme la línea de fuego a toda costa se había venido abajo. Deshecha por dos sitios, demasiado alargada como para lograr una agrupación eficaz, abierta por el centro y rota por la retaguardia, la vanguardia de la combinada había quedado aislada del resto de los navíos españoles y franceses, que luchaban en clara desventaja numérica. Con gran maestría, siguiendo el plan de Nelson y aprovechando la autoinmolación de Collingwood, los navíos bri-

⁸ Terraine, J., *Trafalgar*, p. 141, Londres 1988.

⁹ Collingwood, N., *Correspondence of Vice Admiral Lord Collingwood*, p. 123, Londres 1828.

tánicos maniobraron con extraordinaria habilidad para en pequeños grupos aislar a los franceses y españoles, cortando la línea por varios puntos y consiguiendo una superioridad numérica que les permitía combatir dos e incluso tres contra uno.

El ataque despiadado de Collingwood para cortar la línea de la combinada había sido suicida, pero había logrado su objetivo: abrir una brecha por donde se colaron otros navíos británicos, lo que decantó la batalla en favor de Inglaterra. El *Royal Sovereign* estaba inservible y a punto de irse a pique, pero había dejado fuera de combate al *Santa Ana* y al *Fougueux* y había logrado dividir en dos el frente hispano francés y permitido que sus navíos envolvieran al centro y a la retaguardia de la combinada, logrando una ventaja decisiva. Collingwood tuvo que abandonar su navío insignia y fue rescatado por una fragata que se acercó a salvarlo en medio de una terrible refriega, pero antes de hacerlo ordenó disparar todos los cañones disponibles a un tiempo; era su tarjeta de despedida.

Frente al cabo de Trafalgar, la batalla estaba empezando a definirse a primera hora de la tarde. Rota la línea de la combinada por Collingwood, Nelson había intentado hacer lo mismo con el *Victory* entre la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*, los dos navíos más armados de la combinada, pero el general Cisneros ordenó meter en facha las gavias del *Santísima Trinidad* y logró pegarse de tal modo al *Bucentaure* que Nelson desistió en su empeño, recibiendo además una andanada que desarboló algunas velas de su navío y dejó destrozada buena parte de la cubierta superior del *Victory*. Nelson no tuvo la precaución de que sus hombres se tumbaran sobre la cubierta en la primera acometida, como hiciera Collingwood, y algunos de ellos cayeron con las primeras descargas del *Santísima Trinidad*.

La combinada intentaba mantener una línea que ya había sido superada, en tanto los navíos de Nelson llegaban uno tras otro y se cebaban con unos barcos que navegaban además con viento contrario, en tanto que los ingleses lo hacían con un favorable viento de popa. Dos contra uno, los dos flancos de varios navíos españoles y franceses atacados al mismo tiempo por dos navíos ingleses, ganando siempre la posición, disparando en superioridad numérica, con viento a favor y con una mejor preparación técnica y táctica hacía imposible una reacción positiva de la combinada.

A las cinco de la tarde cesó el fuego en la mayoría de los buques, aunque algunos navíos todavía cruzaron algunas andanadas hasta casi una hora después.

2.2. La muerte de Nelson

Nelson murió en el combate, pero su plan había vencido. Un disparo de fusil desde el navío francés *Redoutable* lo hirió de muerte. Era el final perfecto para el héroe.

En un cuadro de no demasiada calidad pintado por Christopher Ridley y que se conserva en el Royal Exchange, Nelson aparece bajando una escalera de madera rodeado de gente. La escena recoge el momento en el que Nelson embarca en Portsmouth

el 14 de septiembre de 1805 para ponerse al frente de la escuadra que combatirá en Trafalgar. El vicealmirante desciende los peldaños majestuosamente, con su amputado brazo derecho pegado a la casaca, el espadín de mando sujeto con la mano izquierda, la mirada como perdida, el semblante serio, sabedor de que el futuro de Inglaterra está en sus manos; pese a que la multitud, hombres, mujeres y niños lo aclaman con rostros angustiados y ven en él la única esperanza de victoria, el vicealmirante parece levitar entre la gente, como si supiera lo que le depara el destino.

Nelson es el héroe que necesitaba Inglaterra, en ese momento, el tipo de héroe que se requiere en momentos críticos para el país, como ocurrirá un siglo después, en 1914 y en 1940, cuando Gran Bretaña esté amenazada por Alemania al comienzo de las dos Guerras Mundiales.

Nelson murió de un disparo de fusil, pero su muerte se rodeó de una aureola de leyenda enseguida. Es el héroe por antonomasia, el destinado a superar los miedos y a resolver o enfrentarse a las dudas¹⁰.

Una pintura refleja con ribetes de héroe clásico los últimos momentos de Nelson. Se trata de un cuadro pintado por Devis y que se conserva en el National Maritime Museum, en el barrio londinense de Greenwich. El vicealmirante agoniza bajo la cubierta del *Victory* rodeado de sus apesadumbrados oficiales. La estancia está iluminada por dos faroles que destacan sobremanera la sábana blanquísima que cubre el cuerpo del héroe abatido. Su rostro, presa del dolor, aparece como iluminado por una luz sobrenatural, casi celestial, que brilla en medio de la penumbra. A sus pies está su casaca, en cuya pechera penden las medallas y condecoraciones obtenidas por sus victorias; a la izquierda, un marinero porta dos enormes lienzos, son las banderas de Francia y España, la prueba de que ha vencido en la batalla y que su muerte es el último gran servicio que ha hecho a su patria.

Trafalgar es la victoria de Nelson, pero también la gran victoria nacional de Inglaterra. Héroe y nación unidos bajo una misma acción que conlleva la victoria y la sangre del héroe derramada para que la nación sea de nuevo vivificada. Y es que los mitos son el mejor reflejo de la sociedad que los crea, y son el aspecto de una cultura que más contribuye a consolidar determinadas civilizaciones¹¹.

El héroe que se sacrifica y entrega su vida por la nación se convierte de inmediato en un personaje idolatrado por el pueblo. Héroe en vida, héroe en el momento de la muerte, Inglaterra hará de Nelson su gran héroe nacional, y el Almirantazgo inglés organizó su entierro como tal.

El 8 de enero de 1806, ¡dos meses y medio después de su muerte en Trafalgar!, se celebró su solemne entierro en Londres. Un funeral digno de un héroe. Dieciocho

¹⁰ Rank, O., *El mito de nacimiento del héroe*, Barcelona 1981.

¹¹ García Gual, C., *Mitos, viajes y héroes*, Madrid 1983.

barcos navegaron por el Támesis escoltando el féretro que fue enterrado al día siguiente en la catedral de San Pablo. Millares de personas asistieron a los funerales, el palio funerario fue portado seis almirantes y el mismísimo Primer Lord del Almirantazgo presidió el sepelio.

El gobierno de Su Majestad utilizó el cadáver de Nelson como un verdadero incentivo para la exaltación del patriotismo más visceral. Porque lo que ocurrió después con la voluntad del héroe nada tiene que ver con los honores rendidos ante su cadáver. Su amante, lady Emma Hamilton, y la hija de ambos, Horacia, murieron años más tarde casi en la miseria¹².

Pero eso no importaba; los ingleses ya tenían a su gran héroe, al mito de referencia del que el hombre siempre ha tenido necesidad¹³, el ejemplo para hacer frente a los deseos de conquista de Napoleón. El sacrificio de Nelson era el paradigma para todos los ingleses: lucha por su patria hasta la muerte si era preciso. Winston Churchill lo ratificará casi siglo y medio más tarde cuando ante la presión de las bombas nazis proclame solemnemente «No nos rendiremos jamás».

Faltaba un último detalle: el héroe del pueblo. Cuando un mito es sostenido por una herencia narrativa legendaria suele convertirse en una herencia anónima y colectiva¹⁴.

La procedencia familiar de Nelson es modesta; hijo de un humilde sacerdote anglicano, su ascenso en la Armada sólo se debe a sus cualidades y a su valor. Los historiadores han contribuido a resaltar este rasgo de su perfil biográfico. Desde el mismo momento de su muerte centenares de libros y artículos alabaron al vencedor en Trafalgar y lo convirtieron en el gran mito, el soldado que sabe defender y proteger a sus subordinados y los trata con una extraordinaria deferencia: «Nelson era amable y considerado con sus superiores e iguales, aunque fueran sus rivales, pero no era tan generoso para con sus superiores»¹⁵.

2.3. *El mito de la invencibilidad de Nelson*

El 29 de septiembre de 1805, tres semanas antes de la batalla de Trafalgar, el vicealmirante Horacio Nelson cumplía 47 años. Para celebrar el aniversario ofreció a los comandantes de los navíos y fragatas de la flota británica una cena de gala a bordo del *Victory*, su buque insignia. Esa misma noche, Nelson expuso a sus compañeros de armas el plan de combate para la batalla que se avecinaba. De aquella reunión no se

¹² Cayuela Fernández, J. y Pozuelo Reina, A., *Trafalgar. Hombres y naves entre dos épocas*, p. 12, Madrid 2004.

¹³ Kolakowski, L., *La presencia del mito*, Madrid 1980.

¹⁴ Meletinski, E. M., *El mito, literatura y folklore*, Madrid 2001.

¹⁵ Cades, R., *Poseidón: un estudio sobre el almirante Lord Nelson*, p. 104, México 1958.

tomó una sola nota y nadie dio cuenta de lo que allí se dijo en los años siguientes. Sólo en 1829, ¡veinticuatro años después!, Richard Keats, amigo íntimo de Nelson, le contó al cronista Edward H. Locker, que estaba recopilando información para un libro sobre las hazañas de la Armada inglesa, que semanas antes de la batalla Nelson le había confesado su plan de ataque a la escuadra combinada hispano-francesa. En 1829 Keats debía rondar los 70 años de edad. Pese a ello, Locker recoge sus palabras con una lucidez y una precisión asombrosas. Curiosamente, lo que Keats le contó a Locker y que según Keats no fueron sino las propias palabras salidas de la boca de Nelson en el verano de 1805, coincide al milímetro con lo sucedido en la batalla de Trafalgar. ¡Meses antes de la batalla Nelson ya sabía cómo iba a producirse! El texto que según Locker le narró Keats es el siguiente:

«... (Nelson) Me dijo: (...) Yo dividiré la flota en tres secciones en línea. Una sección estará formada por doce o catorce navios de doble cubierta más veloces, y se mantendrá siempre a barlovento, o en situación de ventaja... Con la parte restante de la escuadra avanzaré con toda rapidez contra el enemigo, para cortar la línea si puedo a un tercio de donde se encuentre el buque insignia a la vanguardia». Se detuvo y me preguntó, «¿qué piensa de ello?. Esta pregunta exigía reflexión por mi parte, y me detuve. Me dijo entonces, «Te diré lo que yo creo. Creo que sorprenderá y confundirá al enemigo. No sabrá qué me dispongo a hacer. El resultado será una batalla desordenada con combates parciales, que es precisamente lo que pretendo»¹⁶.

Probablemente algo así, como se ha confirmado por un dibujo sin fecha que se supone de hacia 1805, debió de ser lo que imaginó Nelson como táctica de combate. Pero, ¿fue exactamente eso lo que Nelson le contó a Keats en el verano de 1805? En los veinticuatro años que transcurrieron desde la conversación de los dos amigos hasta la confesión a Locker ¿no hubo ningún elemento que influyera en la percepción de aquellos detalles? Pese a los centenares de textos que se supone debió de leer Keats sobre la batalla en aquellas dos décadas y media, ¿nada le contaminó? Parece asombroso.

Este relato presenta un trasfondo mítico en el que subyace un carácter dramático y un mensaje ejemplar, como suele ocurrir en todos los mitos, en los que se plantean los conflictos de valores que revela la condición humana¹⁷.

¹⁶ La cita en White, C., «El ‘toque Nelson’: la evolución de las tácticas de Nelson en Trafalgar», p. 147, en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar y el mundo atlántico*, pp. 145-160, Madrid 2004.

¹⁷ Corral, J. L., *Mitos y leyendas de Aragón*, p. 27, Zaragoza 2002.

A la vista de detalles como éste, Nelson se nos muestra como un verdadero iluminado capaz de prever con meses incluso de antelación lo que va a hacer el enemigo, y sobre todo cómo va a disponer la escuadra el comandante adversario, y lo que es más asombroso todavía, en qué dirección iba a soplar el viento el día del combate.

Sin mitos no hay tradición¹⁸, y Nelson primero y sus turiferarios después fueron capaces de generar toda una tradición sobre su vida, su muerte y su leyenda. No en vano los mitos más atrayentes son los que giran en torno al destino dramático del alma humana.

Inglaterra convirtió a Nelson en un héroe invencible, ansioso siempre por servir a su país, y fue quien llevó a Inglaterra a alcanzar la supremacía naval por más de un siglo¹⁹. Pero también hay opiniones contrarias, en palabras de historiadores de otros países, claro. Así, para algunos historiadores franceses, la táctica de Nelson en Trafalgar le habría conducido a un fracaso humillante si hubiera hecho frente a unidades «con un valor operativo comparable al de sus propios navíos»²⁰. De este modo, la victoria de Nelson es para los historiadores «del enemigo» fruto de la superioridad de su Armada y no de su talento.

3. LOS MITOS SOBRE LAS CAUSAS DE LA DERROTA

Durante dos siglos, historiadores de la navegación y de la guerra marítima han venido aportando razones para la derrota de la combinada, y aunque en ocasiones existen flagrantes divergencias, la mayoría de los historiadores están de acuerdo en varias causas:

- La planificación de las operaciones navales había sido muy deficiente, sobre todo la dirección táctica de Villeneuve, valiente pero poco imaginativo, en tanto los ingleses habían dispuesto desde el principio de un plan muy acertado y de una mayor diligencia en su alto mando²¹.
- Los marinos de la combinada tenían escasa formación y falta de pericia, que había propiciado la lentitud en las maniobras y la desorganización de la línea de combate en varios puntos²².

¹⁸ Green, L y Sharman, J., *El viaje mítico*, Madrid 2000.

¹⁹ Terraine, J., *Trafalgar*, pp. 7 y 48, Londres 1988.

²⁰ Monaque, R., «Trafalgar 1805: estrategia, táctica y resultados», p. 171, en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar y el mundo atlántico*, pp. 161-175, Madrid 2004.

²¹ Lowes, W. L., *The Royal Navy. A History from the earliest times to 1900*, vol. 5, p. IX, Londres 1900 (reed. en 1977).

²² González-Aller, J. I., «Algunas consideraciones estratégicas y tácticas sobre la batalla de Trafalgar», p. 182, en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 171-193.

- La artillería inglesa era muy superior en calidad y en rapidez de disparo, superando en casi dos veces y media la velocidad de disparo de la combinada²³.
- Las marinerías española y francesa habían sido reclutadas en levadas obligatorias, y estaban menos preparadas y menos incentivadas que la inglesa²⁴.
- Los barcos ingleses eran superiores en la calidad de los mástiles, las velas y los aparejos²⁵.
- Los componentes de la flota inglesa estaban unidos en ideales y ambiciones, frente a la poca integración de la flota combinada franco-española²⁶.
- La habilidad táctica de Nelson, su ambición y su capacidad de decisión eran muy superiores a las de Villeneuve²⁷.

Pero frente a estas causas, analizadas de forma extensa por los historiadores, la interpretación subjetiva de los escritores españoles presentó la de Trafalgar como «una derrota gloriosa»²⁸ en la que los marinos españoles se comportaron como héroes, tal cual relata Mor de Fuentes en su poema *El combate naval de 21 de octubre*, convirtiéndose en verdaderos mártires de la patria. Y sobre todo en el gran éxito literario sobre la batalla, la novela *Trafalgar* de Benito Pérez Galdós, que se convirtió en un gran éxito de ventas y de público²⁹.

Trafalgar fue la última gran batalla naval en la que intervinieron los navíos de línea. A partir de entonces, los ingenieros navales desaconsejaron seguir construyendo navíos de línea. El tiempo de esos gigantes había pasado, pero Inglaterra ganó tal superioridad que su dominio del mar duró más de un siglo.

²³ Duffy, M., «La artillería en Trafalgar: adiestramiento, táctica y moral de combate», en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 127-144, Madrid 2004.

²⁴ O'Donnell, H., «Mando, tripulación y guarnición de los buques de la Armada naval española en el siglo XVIII», en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 213-231, Madrid 2004.

²⁵ Cayuela y Pozuelo, *Trafalgar...*, pp. 575-577.

²⁶ Desbrière, E., *La campagne maritime de 1805. Trafalgar*, París 1907, y Corbett, J. S., *The campaign of Trafalgar*, Londres 1910.

²⁷ Hibbert, CH., *Nelson: A Personal History*, Londres 1994, y White, C., «El 'toque Nelson': la evolución de las tácticas de Nelson en Trafalgar», en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 145-160, Madrid 2004.

²⁸ Cayuela y Pozuelo, *Trafalgar...*, p. 348

²⁹ Czisnik, M., «La interpretación del combate de Trafalgar más conocida: La novela Trafalgar de Benito Pérez Galdós», en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 359-374, Madrid 2004.

4. DESPUÉS DE TRAFALGAR

Napoleón destrozó a los austriacos y rusos en Austerlitz seis semanas después de la derrota de Trafalgar, en una de las mayores victorias de la historia militar en Europa. El emperador compensó la derrota en Trafalgar y Francia estaba de nuevo en la cima de su poder.

Pero Napoleón se había olvidado del océano. No le interesaba porque sabía que no podía derrotar a Inglaterra en el mar y pretendía conquistar todo el continente, aislar a los ingleses y vencerlos estrangulando sus fuentes de riqueza comercial.

Inglaterra dependía del comercio y del mar. El gobierno inglés había trazado grandes canales para poner en comunicación a sus ciudades más importantes y construido grandes puertos como Bristol o Liverpool, donde pudieran atracar los barcos más grandes. Inglaterra cimentó su poder sobre el comercio y para defender a sus buques mercantes necesitaba de una gran Armada. En el mar, Francia no podía competir con Inglaterra. Tras las últimas derrotas marítimas (Abukir, Trafalgar), los franceses sólo disponían de treinta navíos de línea frente a los ciento cuarenta ingleses.

Napoleón, que creía secundaria la derrota en Trafalgar ante las victorias frente a los austriacos y rusos, nombró a su hermano José rey de Italia. Aquella coronación hizo que Godoy ratificase sus dudas sobre las verdaderas intenciones de Bonaparte. El embajador francés en Madrid le aseguró y le ofreció plenas garantías de que Francia respetaría la alianza con España y su independencia como nación soberana, pero Godoy no estaba convencido de ello.

En 1807 Napoleón seguía ganando batallas terrestres e incrementando su leyenda de general invencible en tierra. Entre tanto, la Corte española seguía viviendo al margen de la realidad; Carlos IV y María Luisa lo hacían retirados en sus palacios de campo, mientras el Estado se sumía en quiebra financiera y la hacienda necesitaba de una profunda reforma que ningún alto dignatario se atrevía siquiera a plantear. Los precios subían día a día y el colapso del tráfico con las colonias de América y Filipinas hacía prohibitivos algunos productos como el café, que se estaba extendiendo por América como uno de los principales cultivos desde que los holandeses lo trasplantaran desde Etiopía en el siglo anterior, el chocolate y el tabaco, al que su alto precio lo convertía en un verdadero lujo.

El creciente descontento popular alcanzaba al mismísimo Carlos IV, cuyo prestigio era tal que en las tabernas la gente cantaba coplillas en las que el monarca y su esposa eran el objetivo de todo tipo de insultos y procacidades. También en España, como ocurriera cuarenta años antes en Francia, se estaba comenzando a perfilar lo que los franceses llamaban «la opinión pública», y esa opinión no era precisamente favorable para el gobierno español ni para la monarquía de Carlos IV. Esta situación era muy bien aprovechada por los consejeros de don Fernando, el príncipe de Asturias, que intensificaron su campaña de propaganda en favor del Príncipe, mostrándolo como

un ser pleno de virtudes, el único hombre capaz de salvar a España del caos al que la estaban abocando Carlos IV y Godoy. Así, lo que comenzó siendo un apodo que se inventaron sus consejeros pronto cuajó entre la gente y todos llamaban al príncipe Fernando «el Deseado».

Entre tanto, Bonaparte seguía cosechando éxitos y estaba tan ebrio de poder y de gloria que anhelaba ver a toda Europa sometida a las águilas imperiales francesas; derrotó una vez más a rusos y prusianos, y con el zar Alejandro I pactó el reparto de Europa. En el tratado, España le había correspondido a Napoleón.

Mientras Carlos IV perdonaba a su hijo y la Corte seguía aburriéndose en los palacios de los Reales Sitios, varios regimientos del ejército francés esperaban en la frontera la orden para entrar en España. Acuciado por los problemas con el príncipe de Asturias y buscando el apoyo de Napoleón, Godoy había convencido a Carlos IV para que firmara un acuerdo secreto con Francia mediante el cual España permitiría al ejército francés atravesar su territorio para facilitar la conquista de Portugal y a cambio ese país sería repartido entre Francia y España.

Varios regimientos franceses penetraron en España por los pasos de los Pireneos el 18 de octubre de 1807 para preparar la entrada masiva del ejército, que atravesó el Bidasoa con veinticinco mil hombres el trece de noviembre. En las cartas remitidas desde la presidencia del gobierno a los gobernadores militares de las provincias se aseguraba que el ejército francés venía como aliado y amigo de España y se ordenaba que se le concedieran todas las facilidades mientras estuviera en el país. La entrada de las tropas imperiales en España quedó aprobada legalmente el 27 de octubre cuando los delegados plenipotenciarios francés y español firmaron en la localidad francesa de Fontainebleau el tratado por el que ambas naciones se repartían Portugal.

Carlos IV apareció en el balcón principal del palacio de Aranjuez para anunciar su renuncia al trono tras el motín de Aranjuez y reconoció a su hijo Fernando VII como nuevo rey.

Pero el dueño de la situación era Napoleón. Su ejército apostado a las afueras de Madrid se desplegó haciendo un alarde en un impresionante desfile de poder y fuerza. Escuadrones de caballería de húsares y lanceros, regimientos de artillería y compañías de fieros mamelucos desfilaron orgullosos y desafiantes por las calles de Madrid el día 23 de marzo.

Aquellos primeros días de abril de 1808 todos parecían haberse vuelto locos en Madrid. Murat esperaba ansioso una respuesta de Napoleón y ya se veía coronado como nuevo rey, Carlos IV, crecido porque Murat no reconocía como rey a Fernando VII, denunció que su abdicación había sido hecha bajo presión y que por tanto no era válida, por lo que reclamaba de nuevo sus derechos al trono, en tanto Fernando VII reaccionó escribiendo a Napoleón para que lo recibiera y lo ratificara como monarca legítimo. Dos comisiones de españoles y un enviado de Murat viajaron a Francia con las peticiones de los tres aspirantes para que Napoleón hiciera rey a uno de ellos.

El día 30 de abril llegaron a Bayona Carlos IV, la reina María Luisa, Godoy y el resto de la familia real. La tarde anterior Escoiquiz se había negado ante Napoleón a admitir la abdicación de Fernando VII. Entonces, el emperador buscó ganarse la voluntad de Carlos IV y le ofreció reinstaurarlo en el trono declarando su abdicación como no válida.

El día 2 de mayo Carlos IV, que ya había sido informado de la voluntad del Consejo de reconocerlo como rey, escribió un memorial en el que afirmaba que su abdicación en Aranjuez no era válida, por haber sido hecha a la fuerza, y que por tanto seguía siendo el rey legítimo por el derecho que había recibido de su padre el rey don Carlos III. Carlos IV se negó por tanto a recibir de nuevo la corona de manos de su hijo, a quien no reconocía como rey sino como usurpador, y lo rechazó como heredero al trono. Por fin anunció la firma de un tratado con Napoleón en el cual le cedía sus derechos históricos al trono de España y de las Indias. Fernando VII cedió sus derechos al trono de España a Napoleón poco después.

5. EL RECUERDO DE TRAFALGAR

A finales de abril de 1808 en Bayona se escenificó una farsa, en uno de los episodios más tristes y vergonzosos de la historia de España. La noticia debió llegar a Bayona el día 4 de mayo a media tarde: en Madrid, el pueblo se había alzado en armas; había cientos de muertos por las calles.

Napoleón esperaba tranquilo a los dos soberanos que se disputaban la corona de España. Un dibujo de la época sitúa la entrevista en el salón central del palacio donde se reunieron; se ha colocado una mesa de patas labradas en madera sobredorada que se cubre con un mantel de terciopelo púrpura. El emperador está de pie, de espaldas a un gran balcón que enmarcan dos enormes cortina rojas. A ambos lados de la mesa se colocan Carlos IV, a la derecha de Napoleón, y Fernando VII, a la izquierda. Los dos borbones llevan la cabeza descubierta y visten sendas levitas con banda y numerosas e inmerecidas condecoraciones. Fernando VII porta en sus manos la corona real de España, que deposita sobre una almohada colocada en su lado de la mesa. Bonaparte, vestido con uniforme imperial de gala, se toca con su famoso gorro de tres picos.

Los dos soberanos, indignos de su rango, renunciaron a la corona, cuyos derechos entregaron a Napoleón, y marcharon al destierro deshonorados, abatidos y humillados. El emperador nombró a su hermano José Bonaparte como nuevo rey de España.

Habían pasado poco más de dos años y medio de la batalla de Trafalgar y la situación de alianzas continentales había cambiado sustancialmente. Inglaterra había logrado la absoluta supremacía en el mar y Francia estaba abocada a una guerra de

desgaste imposible de sostener por mucho tiempo. En mayo de 1808 España se enfrentó con Francia y se alió con Inglaterra

Para ingleses, franceses y españoles, la batalla de Trafalgar ya se había convertido en una leyenda. No había sido una batalla decisiva, no había decantado el resultado de ninguna guerra, no había provocado un tratado de paz, pero el impacto emocional de la victoria provocó en Inglaterra el estallido de una euforia patriótica que fue aprovechada para llevar a cabo una campaña propagandística extraordinaria. Trafalgar no cambió nada de modo inmediato, pero se convirtió en el símbolo del final de toda una época.

La guerra contra Francia y la nueva alianza con Inglaterra modificó la perspectiva que de la batalla de Trafalgar tenían los españoles.

Para España, Francia era ahora el enemigo, y sobre ella echaron los españoles todas las culpas de la derrota. Se habló de «sacrificio inútil», cundió un abatimiento general por la derrota y se extendió la idea de que Trafalgar supuso el fin de la potencia marítima de España, el inicio de la decadencia y el principio del fin de los procesos de independencia de las colonias americanas³⁰. Benito Pérez Galdós, en su *Trafalgar*, dio una versión distinta de la habitual sobre los ingleses:

«Siempre me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del mero-deo. Cuando vi el orgullo con el que enarbolaban su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones: cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces había surcado los mares, me pareció que también ellos tendrían su patria querida; que ésta les habría confiado la defensa de su honor: me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuáles, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria».

Para Inglaterra, Trafalgar fue su gran victoria, la batalla que dio paso a su supremacía naval y el origen de su conversión en la primera potencia mundial en el siglo XIX y hasta la Iª Guerra Mundial. Los políticos ingleses, necesitados de una mitología nacional, hicieron de esta victoria una bandera de arrogancia, bien distante de las opiniones de los marinos ingleses que combatieron en Trafalgar³¹. Sólo la muerte

³⁰ Lucena Giraldo, M., «Trafalgar y la libertad del Nuevo Mundo», en Guimerá, A., Ramos, A. y Butrón, G. (coords), *Trafalgar...*, pp. 337-346, Madrid 2004

³¹ Cayuela y Pozuelo, *Trafalgar...*, p. 572.

de Nelson causó una especie de sensación de orfandad en Inglaterra ante la ausencia del héroe. Según una encuesta del año 2004 realizada por la BBC, los británicos consideraban al almirante Horacio Nelson como uno de los 10 británicos más importantes de todos los tiempos. Todos los años se celebra una ceremonia en el puerto de Portsmouth, a bordo del buque-museo *Victory* y en las cenas que se organizan por dicha celebración se sigue brindando por la memoria de Lord Nelson.

Para Francia, Trafalgar fue un mero error que subsanó pocas semanas después en la batalla de Austerlitz.

La celebración de multitud de actos en este año 2005 en recuerdo del segundo centenario de la batalla no deja de ser un ejemplo más de la mitificación que se ha gestado en torno a Trafalgar. Todos los hechos que rodearon a la batalla van a ser recreados, menos la batalla misma, en memoria de la misma. Y ésta es la muestra más patente de que doscientos años después la batalla de Trafalgar sigue siendo una referencia colectiva en el imaginario de franceses, españoles y británicos, y ello se debe a que durante dos siglos historiadores y escritores han mantenido vivo lo que ya es un mito universal, sin duda el punto de partida que explica toda una nueva época.